

El Comercio
EDICION DE LA MAÑANA

2297 JUN 1959g

El laberinto y el hilo

¿NO HAY MUSEOS EN LIMA?

Por Sebastián SALAZAR BONDY

17

Un visitante de nuestra ciudad indagó en el hotel en el cual se alojaba por los museos que podía ver. El empleado a quien se dirigió le contestó algo verdaderamente insólito: "No hay museos en Lima". Sorprendido e incrédulo —la más pobre capital del mundo cuenta con algún museo—, el extranjero reiteró la pregunta. La contestación fue la misma. "En Lima, no hay museos". Rastreando en sus recuerdos y sus informaciones, el huésped insistió: "Pero, según creo, hay uno en la Magdalena..." El interrogado insinuó un gesto escéptico y dijo: "No vale la pena, señor... No es bueno". Afortunadamente, el turista no se amedrentó y continuó la indagación entre sus amigos. Alguien le dió el derrotero y fue al Museo Antropológico de Pueblo Libre y, además, a ver otras colecciones interesantes de arte antiguo del Perú. Como moraleja de esta historia queda el hecho de que hay hoteles en Lima, en pleno centro y con relativa categoría, que desconocen los atractivos de la ciudad y tienen a menos ese riquísimo patrimonio arqueológico y artístico del Perú que, por suerte increíble, se conserva.

El protagonista de la historia, narrada aquí poco más o menos como sucedió, es insospechable. Se trata del eminente profesor de la Sorbona de París, doctor René Etienblé. La magnífica impresión que le causó el museo de Tello no ha amenguado todavía, sin embargo, su desconcierto ante su fracaso interrogativo en el hotel. Habrá que explicarle muchas cosas para que, racionalmente, comprenda por qué el peruano común y corriente —que puede llegar a ser dependiente de un hotel para turistas, generalmente ávidos de conocer el país en su presente y en su ilustre pretérito— ignora o desprecia aquello que es la más enorgullecedora heredad espiritual de la nación. La deformación escolar (la vieja escuela ponía de lado todo lo que no fuera un valor importado, un remedo occidental) ha obrado sobre muchas generaciones, y es difícil reeducar ahora a esas gentes en la justa apreciación de lo que es la original belleza de las antigüedades prehispánicas. Además, a ello se añade el menosprecio que los habitantes de nuestra ciudad, con pertinaz criterio racista, han tenido, y parecen seguir teniendo, por aquello que es de origen indígena, no obstante de que lo indígena da a nuestra personalidad nacional un rasgo distintivo, un sello propio e inconfundible.

Todo eso —se dirá y con razón— es válido hasta cierto punto en el caso aludido, pero, ¿no es obligación de los hoteles tener un personal aunque sea someramente ilustrado acerca de lo que es digno de admirar en Lima? Efectivamente, el problema está allí. Y está en la ausencia lamentable de un cuerpo oficial y ejecutivo de propaganda y fomento turísticos, que vigile que ahí donde el visitante esté, la información sobre el país no falle en la forma citada o en otra semejante. A la reclamación por dicho organismo se ha opuesto el trillado argumento de que él conspiraría contra la libre empresa —las agencias de turismo— y ejercería un control indeseable. Es una manera, en verdad, de elegir el caos actual, el abandono en que se hallan los restos del incario y la colonia, el tráfico de reliquias (recuérdese la máscara de oro en venta en Nueva York), el desorden y la incomodidad de los transportes, etc., ese cúmulo de contrariedades que han facilitado el despojo y han alejado las grandes masas migratorias que, en México, Cuba o Brasil, conforman una fuente de permanente riqueza al comercio y a la industria. Si entre los empleados de hotel se dan individuos como el que negó al profesor francés la existencia de museos, ello se debe a que esa rama de la vida nacional anda al garete.

Para hacer conocer el Perú a los extranjeros debiera enseñárselo primero a los peruanos, porque no son pocos los ciudadanos con documentación nacional, nacidos y criados aquí, que viven con la cabeza fuera de las fronteras, con el pensamiento puesto en la peregrina idea de que los turistas que vienen al país lo hacen para ver edificios de cinco pisos, avenidas asfaltadas y automóviles último modelo. Lo cual es, como la anécdota que encabeza esta nota lo ilustra bien, un modo de no ser de ninguna parte.